

EL EVANGELIO DE LOS CRISTIANOS DE ANTIOQUIA LOS HELENISTAS DE DAMASCO

1: EL INICIO DE LA MISION FUERA DE JERUSALEN: LOS HELENISTAS

Los 7 helenistas aparecen como **los “diákonos”** sometidos a los apóstoles, pero **esta visión limitada distorsiona** y subvalora el protagonismo y el impacto específico de los helenistas, tan importante en el relato de Lucas. **Los helenistas** son los judíos griegos criados fuera de Israel. Hablan griego y traen costumbres, actitudes y educación de aquellos que viven en la diáspora.

El influjo de los helenistas fue mucho mayor que el de los otros grupos nacidos en Jerusalén después de la Pascua. Su acción se extendió muy pronto hasta los confines del Imperio y tuvo su expresión más conocida e importante en la actividad misionera llevada a cabo por Pablo y sus colaboradores.

Ellos fueron también quienes **rompieron las barreras étnicas** acogiendo a los paganos en igualdad de condiciones. Ellos fueron los primeros que **traspasaron las fronteras geográficas** de la región siro-palestinense, **llevando el evangelio hasta Antioquía** y desde allí a otras ciudades del Imperio. Ellos fueron también quienes rompieron las barreras étnicas **acogiendo a los paganos en igualdad de condiciones**. Estos rasgos visibles, que caracterizan la actuación de los helenistas, son la **expresión de una vivencia particular de la fe en Jesús**, moldeada por la forma peculiar de vivir como judío que se había ido configurando en contacto con el mundo helenístico en la diáspora.

La información de que disponemos sobre el origen del grupo de los helenistas y su actividad inicial procede, en su mayor parte, del libro de los Hechos, al que se debe también la designación con que los conocemos. Inesperadamente, después de una serie de episodios en los que se subraya la armonía que reinaba en la comunidad de Jerusalén (Hch 1-5), en el relato aparece **un grupo nuevo**, el de los helenistas, y un conflicto que rompe el clima de armonía. A partir de este momento, el grupo de los helenistas tendrá un gran protagonismo en el relato.

En las tradiciones sobre los helenistas, sobre todo en el relato de la condena de Esteban y en su discurso, aparece una **actitud crítica hacia el Templo** que contrasta con la perspectiva de Lucas, según la cual los discípulos de Jerusalén asistían asiduamente al Templo (Hch 2:46). Lucas incorporó a su relato con gran respeto estas tradiciones que se ajustan más a lo que conocemos sobre los desarrollos posteriores de la corriente helenista (por ejemplo en Pablo), que a su propia perspectiva, lo cual indica que esta parte de su relato posee una notable fiabilidad desde el punto de vista histórico.

¿Quiénes eran los Helenistas?

Para entender los orígenes de este grupo es necesario tener presente la situación de Jerusalén en aquella época. **La ciudad santa era, ante todo, un lugar de peregrinación para todos los judíos**. Uno de los sueños de cualquier judío observante de la diáspora era celebrar la Pascua al menos una vez en Jerusalén. Muchos lograban cumplir este deseo y **algunos decidían establecerse allí durante algún tiempo**. Jerusalén ha ejercido siempre y sigue ejerciendo hoy una enorme atracción sobre los judíos que buscan recuperar sus raíces. Esa fue probablemente también la motivación que llevó a un importante grupo de judíos a establecerse, al menos temporalmente, en la ciudad santa. **Allí crearon sus propias sinagogas, para que quienes ya no entendían el hebreo o el arameo pudieran reunirse a estudiar la ley y a orar juntos, como solían hacer en sus lugares de origen**. La pluralidad del judaísmo se expresaba en Jerusalén como en ningún otro lugar. Judíos venidos de todas partes, que hablaban lenguas diversas y que tenían diversos modos de interpretar y practicar los preceptos de la ley, convivían allí con los grupos locales, que también tenían sus sinagogas, sus costumbres y su propia lengua.

Es en este contexto donde hay que situar los orígenes del grupo de los helenistas, no como parte de la única comunidad de Jerusalén, sino **como uno de los diversos grupos de discípulos que surgieron en la ciudad después de la resurrección de Jesús**. En su visión idealizada de los orígenes del cristianismo, el libro de los Hechos hace surgir al grupo de los helenistas de la comunidad reunida en torno a los Doce, pero todos los indicios sugieren que tuvo un origen independiente de ellos, **lo mismo que el grupo de los judeo-cristianos observantes que se reunieron en torno a Santiago**.

El origen del grupo de los helenistas hay que buscarlo en la actuación y en la predicación de Jesús en Jerusalén, que algunos de ellos habrían escuchado. Tanto en una como en otra había aspectos que resultarían especialmente atractivos para aquellos judíos de la diáspora que habían ido a Jerusalén en actitud de búsqueda religiosa. Jesús se relacionaba con personas marginales e incluso con paganos, relativizando las normas de pureza dictadas por la estricta observancia, pero subrayaba las exigencias morales de la Ley de Moisés; **su actitud hacia la ley era renovadora y encajaba muy bien con la visión que tenían de ella muchos judíos de la diáspora**. Lo mismo puede decirse de su actitud hacia el Templo, expresada de forma plástica en un episodio que recuerdan todos los evangelios (Mc 11:15-17). No es que se opusiera al Templo, sino que cuestionaba su utilización mercantilista e interesada. **Todos estos aspectos, que tienen un claro reflejo en las posiciones que más tarde defendieron los helenistas, proceden de Jesús**, y la mejor forma de explicar esta relación es que algunos judíos de la diáspora asentados en Jerusalén le reconocieron como enviado de Dios y trataron de poner en práctica sus enseñanzas y su estilo de vida tal como ellos los habían entendido.

En el evangelio de Juan se encuentra un episodio insólito y enigmático, en el que unos griegos que habían acudido a Jerusalén para celebrar la Pascua se dirigen a Felipe, que era de Betsaida, y por tanto conocía el griego, para decirle que quieren ver a Jesús (Jn 12:20-22). Felipe se lo comunica a Andrés, que también era de Betsaida (Jn1:43) y ambos van a decírselo a Jesús, que les responde de una forma aparentemente desconcertante, pues les habla de su futura glorificación, explicando que esta tendrá lugar sobre todo en su muerte. Independientemente del sentido que este pasaje pueda tener en el contexto del relato joánico, al narrador no le parece imposible que algunos griegos se hubieran interesado por Jesús y “hubieran querido verle”. La lengua no habría sido un problema para tal encuentro, pues varios de sus discípulos procedían de ciudades helenísticas y el mismo Jesús pudo haber tenido un dominio básico del idioma.

Constitución del grupo de los 7 Diakonos Helenistas: 6:1-7

El relato en 6:1-7 es un poco superficial y da la impresión que su sentido profundo se queda oculto tras esta queja. Se nos informa sobre una situación de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en el servicio diario mientras que las de los hebreos no lo eran. **Esto no parece ser un problema de discriminación, sino más bien un problema social**. Lo que distinguía a los helenistas de los hebreos era que los helenistas no entendían ni podían hablar el hebreo o el arameo. Esta incapacidad era muy común entre los judíos de la diáspora ya que hacía ya casi 300 años se había hecho necesaria la traducción al griego de la Torah. El hecho de la diferencia de lengua creaba barreras incuestionables entre grupos de judíos de la diáspora asentados en Jerusalén y grupos de judíos locales. **Las viudas de los helenistas no recibían las mismas ayudas que las de los hebreos sencillamente porque no asistían a las mismas asambleas, y no asistían a las mismas asambleas de los hebreos porque no entendían la lengua**. Si las colectas se entregaban a los Doce, en torno a los cuales se reunían los hebreos, es normal que las viudas de los helenistas no pudieran beneficiarse de ellas. Por eso Pedro propone a la asamblea que se elijan 7 hombres para servir a las mesas y así poder ellos dedicarse totalmente a la Palabra de Dios.

Esteban: (6:8 – 7:60)

Lucas acentúa que los siete helenistas, en especial Esteban, estaban llenos del Espíritu Santo. El episodio que Lucas narra con más detalle en esta etapa en Jerusalén del grupo de los helenistas es la muerte de

Esteban (Hch 6:8-8:1). Este episodio muestra indirectamente las diferencias que existían entre ellos y el grupo reunido en torno a los Doce, que no se vio afectado por la persecución desatada contra los helenistas.

De Esteban se dice que estaba lleno de gracia y poder, y realizaba grandes prodigios y señales. Es una actividad carismática (obra del Espíritu en Esteban), cuyo objetivo es hacer visible en medio del pueblo la resurrección y exaltación de Jesús. Esto provoca la oposición de algunos judíos venidos de la diáspora, pero éstos “no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba” (v. 10). Lucas nos muestra en toda su obra que el testimonio del Espíritu es irresistible. **El juicio contra Esteban es muy semejante al de Jesús, pues sus enemigos utilizan el soborno y los falsos testigos.** Lo acusan de hablar mal (blasfemar) contra la Ley y el Templo (vv. 11.13.14). Esteban, y todo el grupo de los helenistas igual que Jesús, tienen una actitud profética crítica de la Ley y del Templo. **Lucas introduce aquí a Saulo como perseguidor del movimiento de Jesús.**

En este relato aparecen algunos rasgos distintivos de este grupo. **A Esteban le acusan de hablar contra el Templo y contra la Ley**, pues afirma que Jesús “destruirá este lugar santo y cambiará las costumbres que nos transmitió Moisés” (Hch 6:13). Lucas observa que la acusación era falsa, pero lo cierto es que los helenistas tuvieron una actitud crítica hacia ciertas formas de entender estas dos instituciones básicas del judaísmo. La actitud de los helenistas hacia el Templo pudo haberse inspirado en la crítica de Jesús hacia esta institución. **Entre los judíos de la diáspora** y en cierto modo también entre los galileos, el Templo despertaba sentimientos encontrados. **Por un lado**, lo reconocían como lugar santo, pero **por otro** eran conscientes de que la aristocracia sacerdotal se había apoderado de él para su propio provecho. La crítica de Jesús hacia el Templo habría encontrado buena acogida entre los judíos de la diáspora asentados en Jerusalén, que tenían una experiencia directa de estos abusos.

Los helenistas tenían también una visión propia de la Ley de Moisés y de su interpretación. La acusación que se dirige contra Esteban y contra Jesús es exagerada y falsifica su verdadera actitud: ellos no querían cambiar los preceptos de Moisés, sino que **proponían una interpretación nueva de los mismos.** El punto crucial de esta nueva interpretación tenía que ver con la acogida de los paganos en los grupos judeocristianos. Esta era también una preocupación de los judíos de la diáspora, que veían con agrado la forma en que Jesús se había relacionado con personas marginales y con algunos paganos.

El relato de Hechos trata de mostrar que **la acogida de los no judíos fue aprobada por Pedro**, a quien **el Espíritu impulsó a entrar en la casa de Cornelio** (Hch 10:1-11), pero es muy probable que las tradiciones sobre los helenistas sean independientes de este relato y se refieran, por tanto, a una misión diferente de la de Pedro, en la que la acogida de los paganos se dio desde el comienzo. Tal acogida creó un problema a la hora de interpretar ciertas prescripciones rituales de la Ley de Moisés, que tuvo que ser discutida en la asamblea de Jerusalén (Hch 15:1-35) y que el evangelio de **Marcos proyecta anticipadamente al ministerio de Jesús** (Mc 7:1-23). Esta fue una posición característica de los helenistas que, como Jesús, relativizaron los preceptos rituales de la Ley de Moisés (pureza exterior), pero dieron mucha importancia a sus exigencias morales (pureza interior).

Por último, en los pasajes del libro de los Hechos sobre los helenistas aparece otro rasgo característico de su vivencia del seguimiento de Jesús, que encontramos también en el ministerio de Jesús y en la vivencia posterior de las comunidades paulinas: **las experiencias religiosas de carácter extático.** De Esteban se dice que realizaba “grandes prodigios y signos” (Hch 6:8). Felipe, por su parte, realizaba “grandes signos y portentos” (Hch 8:6-8), actuaba impulsado por el ángel del Señor (Hch 8:26) y sus hijas tenían el don de la profecía (Hch 21:8-9). Aunque tal vez haya que atribuir a Lucas la insistencia en que todos los líderes de este grupo estaban llenos del Espíritu Santo y se dejaban guiar por él (Hch 6:5.8; 7:55; 8:29; 11:24), **no deja de ser significativo que las referencias a la acción del Espíritu sean tan frecuentes en los relatos sobre los helenistas.** Tales experiencias explicarían la capacidad de innovación de este grupo, que fue sin duda estimulada por los nuevos contextos en que se asentaron cuando salieron de Jerusalén.

Felipe: (8: 5-40)

Uno de los helenistas dispersados es Felipe. Felipe entra al escenario en 8:5-40 y más tarde en 21:8-9 donde se le menciona por última vez como evangelista y como uno de los 7, que reside en Cesarea y tiene cuatro hijas vírgenes que profetizaban. En estos Hechos de Felipe hay dos momentos contrapuestos. El primero (8:5-25) nos narra la evangelización en la ciudad Samaria, donde hace muchas señales y milagros y tiene mucho éxito, incluso el mago de la ciudad, Simón, creyó y fue bautizado.

Lucas nos narra el segundo momento en la evangelización de Felipe (8:26-40). Ahora no va al norte, sino al sur; no a una ciudad, sino al desierto; no a evangelizar multitudes, sino a una sola persona: el eunuco etíope. Felipe ya no hace señales y milagros, sino que se pone a caminar con el eunuco y a escuchar lo que iba leyendo. **Felipe anuncia la buena nueva de Jesús a partir del texto que el etíope iba leyendo.** (Texto favorito que explica la cristología de los helenistas). Felipe imita exactamente el método que utilizó Jesús con los discípulos de Emaús (Lc 24). Felipe actúa ahora conducido por el Espíritu (v. 29) y después es arrebatado por el mismo Espíritu (v. 39).

LOS JUDÍOS HELENISTAS

Su historia comienza en Jerusalén, asistiendo a las sinagogas de los demás judíos venidos de la diáspora, a quienes, muy probablemente, querrían hacer partícipes de su buena noticia: que Dios había enviado al mesías para anunciar el fin inminente y lo había hecho, como había anunciado Isaías, en la forma del siervo sufriente (Isa 52-53). **Esta identificación entre el mesías y el siervo o el justo que es rechazado** aparecía ya en textos del Antiguo Testamento (Sab 2:12-20; 3:1-12; 5:1-5; Zac 12:8-11; Sal 69:25-27); posteriormente tendrá eco en un texto tardío del rabinismo que refleja la idea de **un mesías sufriente** que toma sobre sí los pecados de Israel y se deja enviar al mundo. Es posible que la identificación de Jesús con el siervo de Isaías no sea algo original de los helenistas; quizá en aquel encuentro con los hebreos ya les sugirieran la identificación de la historia de Jesús con la de aquella figura profética. Sin embargo, fueron los helenistas quienes aprovecharon teológicamente este modelo para desarrollar su fe en Jesús en una línea que los hebreos no hicieron (Hch 8).

Las consecuencias teológicas de leer la pasión y muerte de Jesús a través de estos cristales (Isa 53:3-11) se pueden resumir del siguiente modo. **Si, efectivamente, la muerte de Jesús en la cruz, sus heridas y humillaciones, fueron el castigo que los judíos pecadores merecían** (todos lo habían sido en algún momento), **ya no cabía esperar castigo alguno de Dios en el juicio final que se aproximaba.** Más aún, si la pasión y muerte de Jesús en la cruz servía a los mismos fines que los sacrificios en el Templo, ¿qué misión tenía entonces el Templo, cuya función religiosa fundamental había sido ofrecer sacrificios para el perdón de los pecados? **Todavía más;** si en la pasión y muerte de Jesús Dios estaba revelando su voluntad de justificar a todos aquellos que tuvieran conocimiento de él («... por su conocimiento justificará mi siervo a muchos...» Is 53,11), la esperanza de Isaías (Isa 2:1-2; 56:8; 60:1-4; etc.) de una apertura de la salvación a todos los pueblos se hacía realidad sin el requisito de un cumplimiento previo de la ley. **En tal caso,** ¿qué papel tenía la Torah, cuya función había sido mantener en la alianza a los miembros de Israel, si esa alianza parece que se abre a todos los que acepten al Mesías crucificado?

La interpretación de la pasión y muerte de Jesús desde la perspectiva del **Siervo de Isaías** había dado como resultado una serie de consecuencias inesperadas y sorprendentes, que estaban en conexión con la idea de que el final se estaba aproximando: Dios, ante el final inminente, ofrecía un modo de justificación (y a la larga de salvación) universal. Estos judíos helenistas creyentes en Jesús no vieron esta situación como un cambio de su identidad sino como **una posibilidad de apertura del judaísmo a todos los pueblos;** vieron su identidad judía bajo el prisma del momento escatológico inaugurado por Jesús: el final que se acercaba había hecho a Dios cambiar las reglas de juego introduciendo un **redentor** al que se podían acoger muchos. Los privilegios de

Israel ante ese final quedaban en entredicho. La reacción de la mayoría de los judíos (tanto fieles y piadosos como judíos normales identificados con sus costumbres) no es difícil de imaginar. De hecho, parece muy probable que los problemas comenzaran, precisamente, entre los demás helenistas que habían acudido a Jerusalén por su particular devoción al Templo (cf. Hch 6:8-9; 9:29), aquellos que no habían llegado a tal cuestionamiento del Templo o la Ley; esos verían su piedad e identidad seriamente comprometida.

Saulo/Pablo

Tanto en el libro de los Hechos de los Apóstoles como en las Cartas Paulinas, Pablo entra en escena como **un violento fariseo** y adversario de la comunidad cristiana, sin embargo de todos los textos bíblicos se deduce que **en la vida de Pablo hubo un cambio imprevisto que lo transformó** de perseguidor en apóstol y misionero. Los textos que nos refieren los acontecimientos de un modo más o menos directo, provienen de **dos fuentes**: una de origen helenista (Hch 9:1- 22; 22:3-21; 26:9-20; 1Tim 1:12-16) y otra del mismo Pablo (1Cor 15:8; Gal 1:15-17; Flp 3:7-12). Las fuentes han sido elaboradas para transmitir un contenido teológico, por lo que los datos históricos que aporta **no son del todo seguros**.

El fariseísmo de Pablo le hacía partidario de una secta o grupo judío cuyo origen se remontaba probablemente al siglo II a.C. **Su objetivo era la recuperación de la identidad judía mediante el enraizamiento de la vida en las tradiciones de los mayores**, el rigor en la aplicación de la Torah y, sobre todo, la recuperación de la espiritualidad y religiosidad tradicional. En este movimiento no organizado tuvieron su origen varias de las sectas o partidos que fueron bastante populares en tiempo de Jesús y de Pablo, por ejemplo los fariseos y los esenios. **Los fariseos** fueron un conjunto numeroso de grupos fundamentalmente **laicos** con un objetivo prioritario: **la renovación de la alianza por medio del cumplimiento de la Toráh por parte de todo el pueblo**.

Esta propuesta se fundamentó en el desarrollo de un entramado de leyes y normas (*halakah*) que ofrecía para cada situación cotidiana un modo de proceder y situaciones a evitar; profundizaron y multiplicaron las Leyes de pureza (Lev 11-16) y la Ley de santidad (Lev 17-26) para permitir que cada persona evitara la contaminación ritual y, así, mantener la pureza estando “separados” (sentido original de “fariseos”). Además promovían otro objetivo de mayor alcance: **la promesa de vida eterna**. Así incorporaron en su cosmovisión algunas de las **características de la apocalíptica**: que el mundo venidero se iniciaría con un juicio en el que cada persona sería examinada por sus acciones.

Este concepto fariseo iba a tener un gran peso entre los grandes temas de Pablo: **el libre albedrío**. Si a cualquier judío se le iba a juzgar en función de su cumplimiento o no de la ley, era imprescindible que el sujeto hubiera podido elegir libremente, de lo contrario sería un juicio injusto e inválido. Por tanto, el concepto de pecado que se desprende de esta concepción es la de **fallo por omisión: pudiendo elegir el bien se ha elegido el mal; ese es el pecado**.

El conflicto cristológico surgido del choque entre el cristianismo helenista y el judaísmo fariseo hizo entrar en crisis los grandes pilares judíos (Templo - Ley - separación social y religiosa) sobre los que se sostenía la identidad de Israel frente a los demás pueblos. Si el grupo de judíos helenistas creyentes en Jesús hubiera tenido éxito en el planteamiento de su lectura de la realidad, el pueblo judío hubiera quedado en peligro de diluirse y desaparecer y, con él, todas las aspiraciones del partido fariseo para renovar la alianza y restaurar Israel desde los pilares que los helenistas cuestionaban. **La resolución consistía en controlar la amenaza de los judíos que ahora creían en Cristo** para que no aumentara y destruyera el judaísmo. Si Pablo, como perseguidor hubiera logrado esto, no solo hubiera neutralizado la amenaza, sino que el fariseísmo se habría fortalecido. Sin embargo, los hechos fueron por otros rumbos.

EL JUDAISMO DE PABLO

La vocación de Pablo es, sin duda, el acontecimiento de su biografía que más consecuencias tuvo, no solo en su vida, sino en el desarrollo de los grupos que él creó. Sin embargo, donde mejor se entiende su vocación no es en el marco del cristianismo, sino en el complejo entramado de circunstancias históricas en el que se dio: **PABLO** aparece en escena para intentar anular **la amenaza** que **otra corriente de judíos** suponía para la identidad común y el futuro de Israel. **Esta otra corriente judía era un grupo helenista** (de lengua griega) y mesiánico, porque creía que Jesús, crucificado por Pilato, era el Mesías de Yahvé, el Hijo de Dios. **A partir de ahí, este grupo proponía una serie de consecuencias que amenazaban con socavar los pilares de la identidad judía, no tanto por su carácter mesiánico, sino por cuestionar el valor de algunas de sus instituciones y disolver las fronteras étnicas de Israel.**

Pablo se declara ser “fariseo” en un pasaje de la carta a los Filipenses (Fil 3:5) con un aprecio total a la Torah, es decir, a las tradiciones de los padres, costumbres que entre los fariseos venían siendo cultivadas como un medio de fortalecer la santidad del pueblo, la pureza del templo y los sacrificios, y la separación de los no judíos. El judaísmo del tiempo de Pablo era muy plural y **las características que Pablo compartía** con la mayoría de sus contemporáneos eran muy afines.

LOS HELENISTAS DE DAMASCO

Desde el punto de vista histórico, Pablo aparece en escena camino de Damasco. Este dato, a diferencia de otros que ofrece Lucas, está confirmado por los testimonios que Pablo da en sus cartas (Gal 1:17; 2Cor 11:32; Hch 9:1-2). Y es un dato significativo porque permite situar a Pablo en un contexto preciso: **Damasco, años 30 del siglo I**, donde aparecen algunos helenistas huidos de Jerusalén por la hostilidad mencionada en Hechos 9:10-25. Pablo, celoso defensor de las tradiciones de sus padres (Gal 1:13-14) vio en ese grupo una amenaza a los pilares de su propia identidad judía y, muy probablemente, un desafío para todo el judaísmo tal como se entendía de modo mayoritario; era necesario contrarrestarlo. Aunque Lucas subraya la parte violenta de la estrategia (Hch 8:1-3), **hemos de conceder más valor al deseo de Pablo de “desmantelar”, “desorganizar”, “destruir” este grupo deshaciendo los argumentos sobre los que se sostenía, más que castigando con violencia.** La aparición de Pablo en Damasco debe estar relacionada, pues, con una estrategia que buscaba extirpar y deshacer un tumor en el cuerpo del judaísmo.

Nada queda de aquel encuentro que tuvo significado vocacional; ninguna crónica ni relato fiable. Hechos 9 es una reconstrucción teológica basada en **un modelo griego** muy extendido que se puede ver en 2 Mac 3; ni siquiera las alusiones del mismo Pablo permiten reconstruir el hecho (Gal 1:15-16; Flp 3:4-12; 1Cor 15:3-10) ya que son alusiones polémicas y apologéticas contra sus oponentes, **más centradas en el sentido teológico que en los hechos.** Por otra parte, ningún acercamiento histórico puede dar cuenta de la experiencia personal subjetiva, ni del sentido religioso que una persona como Pablo pudo dar a una experiencia de carácter espiritual. Pablo recurre a términos genéricos: “revelación”, “aparición”; en ocasiones apela a experiencias espirituales (como la referida en 2Cor 12:1-10) que alguien hoy podría catalogar como un estado alterado de conciencia, pero que no ayuda para interpretarle correctamente. Es posible identificar esa experiencia con **la certeza de la resurrección de Jesús**, pero también es terreno muy incierto. Hay una dimensión inaccesible que debemos reconocer y respetar para evitar afirmaciones equivocadas. Por lo tanto vamos a centrarnos en el análisis de los datos que tenemos, teniendo en cuenta que **el encuentro con los helenistas** no se reduce a choques violentos y casuales; **el acontecimiento de Damasco se prolongará durante unos tres años**, tiempo que Pablo pasó con los helenistas antes de marcharse hacia Tarso (Gal 1:17-18).

A veces los **silencios** son más elocuentes que las palabras. **El encuentro polémico de Pablo con los helenistas**, dejando de lado la violencia que hubiera generado, no se centró en la validez o invalidez de la Ley

ni en su función en el tiempo final que se aproximaba, puesto que Pablo, todavía años después, sigue mostrando un aprecio y valor por la Ley, cosa inexplicable si los helenistas le hubieran convencido de la sustitución de la Torah por Cristo. Así afirma a finales de los años cincuenta; “La Ley es santa y santo el precepto y justo y bueno” (Rom 7:12). Tuvo que desplegar Pablo toda su capacidad exegética y teológica en las cartas a los Gálatas y a los Romanos, mediante argumentos muy elaborados y cuidados, para convencer de que la Torah seguía teniendo el mismo valor que siempre, solo que este era diferente a como se interpretaba tradicionalmente y él mismo había interpretado. Basta recordar que, aún muchos años más tarde, Pablo defiende con fuerza la vigencia de la Torah y de los demás dones de Dios a Israel (Rom 9:3-5). Esto sugiere que el encuentro de Damasco se desarrolló de otra manera.

Lo que no es un silencio sino una fuerte voz en todas sus cartas es C. Pablo tuvo que quedar profundamente afectado por el descubrimiento de la cruz de Jesús puesto que hizo de ello el centro de su mensaje:

- “Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio. Y no con palabras sabias, para no desvirtuar **la cruz de Cristo**. Pues la predicación de la cruz es una locura para los que se pierden; más para los que se salvan — para nosotros— es fuerza de Dios” (1Cor 1:17-18);
- “Nosotros predicamos a **un Cristo crucificado**: escándalo para los judíos, locura para los gentiles” (1Cor 1:23);
- “Pues yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a **Jesucristo**, y este **crucificado**” (1Cor 2:1-2);
- “¡Gálatas insensatos! ¿Quién os ha fascinado a vosotros, a cuyos ojos ha sido presentado **Jesucristo crucificado**?” (Gal 3:1);
- “¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo **crucificado** por vosotros?” (1Cor 1:13);
- “En cuanto a mí, ¡Dios me libre de gloriarme si no es en **la cruz de nuestro Señor Jesucristo**, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!” (Gal 6:14)
- Se puede leer también: 1Cor 2:8; 2 Cor 13:4; Gal 5:24; etc.).

Resulta abrumador **el peso que Pablo concedió al acontecimiento de la muerte de Jesús en la cruz**, por encima del que tuvo la reivindicación de Dios, su resurrección y su entronización como juez. Estas últimas certezas son asumidas por Pablo como condición previa (quizá como parte de una experiencia espiritual) que le obligó a fijarse en lo que parece el origen de todo ello: lo acontecido en la cruz. **Esta conclusión es confirmada por el perfil de los helenistas de Damasco**. De ellos hemos dicho que basaban su cuestionamiento del Templo y la Ley en el significado teológico de la muerte de Jesús en la cruz; para ellos, el significado de esa muerte cambió los parámetros desde los que se comprendía la identidad judía. Todo apunta a la centralidad de la cruz y su significado.

Se puede, de acuerdo con las fuentes, afirmar que **el encuentro con los helenistas de Damasco**, más allá de choques violentos y experiencias místicas, tuvo **como centro el descubrimiento de Pablo del significado de la cruz de Jesús**. Quizá “*descubrimiento*” no es el mejor término, porque sugiere un esfuerzo de búsqueda o investigación que Pablo no reconoce; él habla de **revelación** (Gal 1:16; 1Cor 2:10; 2Cor 12:1), que insinúa algo más bien inesperado, o sorprendente, o todo ello junto. Así pues, el acontecimiento de Damasco fue, para Pablo, una revelación que requirió unos tres años para ser digerida, cuyo contenido estaba centrado en el significado de la muerte en la cruz de Jesús.

La revelación, posteriormente, fue que se impuso la identidad del Crucificado según los helenistas: **aquel a quien Pablo consideraba un maldito de Dios era, de hecho, el Mesías de Dios** (al mesías, rey, se le

consideraba hijo de Dios: Sal 2:7; 110:1-4; 2Sm 7:12-14), formaba parte del plan de salvación de Dios y constituía un acontecimiento de tal envergadura que anunciaba el final de la historia. **Esta visión del Crucificado es crucial porque legitimaba, desde el seno de tradiciones judías incuestionables, la identificación de Jesús como mesías a pesar de, o mejor dicho, por medio de la cruz.**

La Dispersión de los Helenistas (Hch 11:19)

El día del martirio de Esteban se desató una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén (Hch 8:1). Los helenistas dispersados fueron por Judea y Samaria, las dos regiones marcadas justamente por Jesús en su mandato en Hch 1:8: “serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, hasta los confines de la tierra”. El texto se conecta directamente con 11:19, donde se habla de los dispersados en la persecución originada a la muerte de Esteban. Aquí no se mencionan los nombres de los misioneros, sino que se dice en general “algunos chipriotas y cirenenses”, que son ciertamente del grupo de los helenistas. **Los apóstoles habían dado testimonio en Jerusalén, ahora les tocaba a los helenistas dar testimonio a los samaritanos y gentiles.** Otras ciudades mencionadas son Chipre y Fenicia; hasta llegar a su definitiva instalación en Antioquia de Siria.

La llegada a Antioquía de estos judíos helenistas creyentes en Cristo y su convivencia con los demás judíos no debió resultar fácil. Era la tercera ciudad más importante del Imperio en este momento, con una población judía numerosa, quizá algunos de ellos acomodados. Aunque Flavio Josefo menciona que poseían ciertos privilegios e influencia, los datos de este período apuntan más bien a una situación de tensa calma con momentos de gran hostilidad y violencia por parte de los habitantes paganos de la ciudad hacia los judíos (algunos provocados por judíos o descendientes). **Como en las demás ciudades del Mediterráneo, en Antioquía tenían sinagogas en las que se reunían periódicamente;** a estas acudieron los helenistas creyentes en Cristo provenientes de Jerusalén. Sin embargo, **pronto se van a hacer notar las diferencias entre ambos grupos de judíos, repitiéndose en cierto modo la situación que se había dado en Jerusalén, debido a su peculiar forma de pensar (teología) y de vivir (moral).**

Su reflexión teológica estaba basada en la interpretación de la muerte de Jesús, punto de arranque de la cristología. Esa interpretación no fue uniforme en los inicios del cristianismo, sino plural y múltiple, como se desprende de los diferentes textos del Nuevo Testamento. Se pueden resumir estas interpretaciones en tres:

- **La primera utiliza el modelo del Justo sufriente** (Sal 22 y 69) que explica la muerte de Jesús como aquella muerte injusta que Dios reclama glorificando a Jesús (el Justo), mostrando su inocencia e identidad.
- **La segunda** recurre a la tradición deuteronomista que **permitía comprender la muerte de Jesús en la línea de aquellos profetas enviados por Dios**, pero perseguidos y rechazados por el pueblo (1 Tes 2:15; Lc 11:49; Mc 12:1-12; Mt 22:6).
- **La tercera interpretación subraya el carácter liberador de la muerte de Jesús, interpretándola a la luz de la liturgia judía de la expiación** (Lev 16) por medio de la cual Dios perdonaba los pecados del pueblo.

Mientras las dos primeras explicaciones tienen su centro en el acontecimiento de la resurrección para sostener el sentido de la muerte de Jesús (la resurrección explica la muerte), la interpretación predominante entre este grupo de paganos y judíos helenistas creyentes en Jesús fue la expiatoria, según la cual, la muerte de Jesús ejerció de hecho una función reparadora por la que los pecados del pueblo quedaban borrados, igual que ocurría con el rito del Día de la Expiación (Yom Kippur).

El éxito en Antioquía fue grande, con el apoyo de Bernabé y Saulo, y ahí “por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de “cristiano”, es decir, “cristianos” (Hch 11:26).

La Cristología de los “Cristianoi”

Hay **tres características** muy significativas en esta interpretación helenista de la muerte de Jesús.

- **En primer lugar**, la importancia que tiene la muerte de Jesús en la teología antioquina es mayor que en otras tradiciones, en las que se subraya más el peso de la resurrección (como en Hch 2:23ss). No es que en Antioquía no tuviera relevancia, sino que el desarrollo de la cristología parece darse fundamentalmente a partir de una pregunta sobre el sentido de la muerte de Jesús después del acontecimiento de la resurrección: (1 Cor 15:3-4).
- **En segundo lugar**, los textos que podemos identificar como procedentes de la tradición de Antioquia se centran casi exclusivamente en la interpretación expiatoria, subrayando el carácter violento y sangriento de la muerte de Jesús: es su sangre la que justifica (Rom 3:25), por medio de la cual Dios cumple sus promesas (1 Cor 15:3- 4: “según las escrituras”, de acuerdo a textos como Isa 52-53 y Sal 22) y firma una nueva alianza (1 Cor 11:25; 2 Cor 3:6; Lc 22:20) para renovar al pueblo (2 Cor 5:17); sin embargo estas dos últimas características van a ser desarrolladas después por Pablo.
- **En tercer lugar**, la muerte violenta de Jesús en la cruz, como acontecimiento público, es comprendida como una exhibición por la que Dios muestra el modo en que acontece la expiación: no por medio de un sacrificio que alguien realiza para sí mismo o para otros en el Templo, sino como un regalo por parte de Dios para todos los que lo acepten, independientemente de su origen judío o gentil (Rom 3:23-26; 8:32).

Las consecuencias de esta reflexión cristológica no fueron inofensivas.

- **En primer lugar**, si la muerte de Jesús había tenido un sentido expiatorio, **¿qué función tenían ahora los sacrificios y el templo**, cuya misión había sido expiar los pecados del pueblo? Esta pregunta, en Jerusalén, fue la chispa que había encendido la hostilidad contra este grupo y que terminó con la muerte de Esteban y la dispersión del grupo.
- **En segundo lugar**, si la cruz de Jesús la había exhibido Dios mismo como revelación de su voluntad y de su misericordia, **¿qué sentido tenía ahora la ley, la Toráh**, cuya misión había sido mostrar la voluntad de Dios y conducirles hacia él?
- **En tercer lugar**, si la muerte de Jesús, el Señor, resultaba ser el acontecimiento determinante de la historia, **comenzaba una nueva era escatológica**, marcada por la pertenencia a la comunidad de los elegidos.
- **En cuarto lugar**, si la función del templo y la ley había sido cumplida por la muerte de Jesús, **¿qué función tenían los preceptos rituales** mediante los que se separaba a judíos de paganos? ¿Qué impedía que entraran en la comunidad de los elegidos los paganos quienes no habían pertenecido al pueblo elegido hasta ahora?

De este modo se legitimó teológicamente lo que se estaba viviendo ya de modo carismático: **que Dios había decidido trascender las fronteras étnicas de Israel para mostrar su misericordia**. La misión a los paganos y la incorporación de estos a la comunidad de los *christianoí* fue un éxito y pronto su número igualó o superó al de judíos. **Fue bajo estas circunstancias como el nombre “cristianoí” fue popularizado y comprendido en la comunidad de Antioquia (Hch 11:26).**

BIBLIOGRAFIA DE APOYO

Aguirre, Rafael	Así Empezó el Cristianismo	Verbo Divino	2010
Gil Arbiol, Carlos	Pablo en el naciente cristianismo	Verbo Divino	2015
White, Michael	De Jesús al Cristianismo	Verbo Divino	2004